



DISCURSO

pronunciado por el poeta arriero Paulino Acebedo, el día del Centenario del General D. Braulio Henao, en la fiesta clásica de su cumpleaños, en la ciudad de Sonsón.



NO AGUARDEIS, señores, un lenguaje muy florido y elegante; no es mi ánimo imitar á los grandes oradores, serían esfuerzos vanos. Solo he querido como representante de los artesanos y arrieros de Manizales, contribuir con mis bajos y pocos ideales siquiera en algo de lo mucho que merece el último de nuestros libertadores Generales.

Altísimo Señor y Dios Eterno, al oír vuestro nombre pronunciar, recoge su furor todo el infierno, y queda maniatado para obrar.

Inagotable fuente de bondad, Virgen bendita, refugio de la pobre humanidad, lirio del

valle que nunca se marchita, resplandeciente aurora, sol de amor, el único consuelo del que llora, armonizada lira del cantor.

Prestadme vuestro amparo y protección, suelta mi lengua y templa mi cerebro para que os tenga libre inspiración, hoy que temblando y de entusiasmo ardiendo pretendo hablar á los hijos de Sonsón.

¡Oh respetable y venerable anciano!, después de interrogar á Dios, principio y fin de todo lo creado y saludar á la feliz pastora del rebaño humano antes de dirigirme á vos dejad que bese vuestra redentora y valerosa mano, si no es mucha crueldad yo beso humilde y reverente la mano bienhechora que enjuga y seca el llanto del que llora, y ayudó al cautivo á obtener su libertad.

Dignísima y culta sociedad, pueblo cristiano, en vosotros respira el corazón felicidad, os anticipo las gracias, y mil plácemes por la benevolencia que tendréis que usar con mis pobres y desvestidas palabras, que escasas de especies y de sal irán cual las cigarras de los bosques, tal vez vuestros oídos á turbar.

He querido subir á este lugar de pompa y galanura, por estar mi pecho henchido de ternura y generosidad por lo presente, reconociéndome indigno é incompetente de alzarme á este altar donde otro más sabio ó más inteligente puede estar, puesto que es el santuario en donde está el *copón* en que los hombres de buena educación brindan la embriagadora esencia del talento, y arrojan granos de olor al incensario.

¡Viva lo bueno!

Para contemplarle, aunque lo malo también es necesario para que sirva de mofa y

criticarlo, yo hago lo malo, yo hago lo malo. Me preguntaréis ¿por qué? os diré: lo hago para dar exactitud y desahogar el sentimiento; lo hago también para abrir á otros el camino cuando quieran desahogar su pecho, ó al sagrado deber dar cumplimiento cualquiera que reconozca su derecho es más digno de brindar en la dorada copa del talento.

Más bien soy atrevido que educado, puesto que siendo un hombre sin cultura busco el placer libando la amargura, instruído sólo en el dón que Dios me ha dado.

La dignidad del héroe, que es lo blanco célebre, ó sea el origen de la festividad, me ha obligado á hollar toda dificultad y entrar en tan grande sacrificio. Yo tiemblo, sudo, vacilo, pierdo el juicio.

Hoy es día en que debemos todos los mudos exponer nuestras razones para dar expansión á nuestros corazones, entonar cantos en diversos coros, demostrando el placer de todos modos.

Allá en mi aldea, muy lejos de este suelo, alcancé á conocer en un programa, que habría una gran función que con su abuelo celebrarían los hijos de Sonsón, y por su fama quise también apresurarme al vuelo.

Sin que asaltase á mi mente el porvenir emprendí el viaje por tan fatal camino, quedándome de otros hasta venir aquí á unirme con vosotros, á honrarme con vvestra compañía, si os dignáis en aceptar la mía, aunque indigno de tanto galardón.

¡Oh benemérito señor! Dignísimos hijos de Sonsón: aunque para vosotros sea casi un extranjero, soy paisano moderno y transigible, crecido en este suelo colombiano, bajo el hu-

milde traje del arriero, sin luz ni educación á lo visible.

Muchas gentes me llaman el "poeta;" no me es posible dejar mi mente inquieta, sumida en la guarida más humilde, perdida cual la perla en la honda grieta, ó dormida cual la gota de rocío que reposa su sueño en la fragante y cándida violeta.

Pues si nací cantor debo cantar para la sociedad, si saborea los simples ritmos que el cantor gorjea, por lo que gracias os vuelvo á tributar, ardido de rubor al contemplar tan culta sociedad que me rodea.

Sé que me escucha el sexo esclarecido, desfallecen mis fibras de vergüenza, se ahoga mi razón, pierdo el sentido, todo mi sér lo siento en desconcierto y conmovido, si desacierto y os hago alguna ofensa no es esa la intención que me ha traído.

La cara no retrata el corazón, ni en ella el pensamiento está esculpido, es que al través de un negro nubarrón se destaca un lucero esclarecido; la naturaleza es primorosa, ella dibuja libre y caprichosa y sólo Dios la puede corregir, por ser quien puede su peso hacer sentir. Señores: ya lo habréis comprendido.

Y cuando el sentimiento es muy profundo el que más quiere dar se hace fecundo; un siglo cierra ya que vino al mundo un hombre á quien mandó la Providencia. La Providencia en todo manifiesta sus bondades, lo dice la conciencia, y luego, al través de las edades lo afirma la experiencia.

Por cierto el primer noble, ó al menos el segundo, la historia lo declara, el genio lo confiesa entre los justos, el siglo lo presenta cual la vara que en la cima del monte se se-

para, dejando atrás á todos los arbustos.

¿Quién más digno de admirar entre los seres, que el hombre cuya existencia ha sido prolongada, que lleva ya sobre su sien cansada ese tejido de nieve congelada que deja las edades al fin de la jornada á quien bien ha cumplido sus deberes?

Y vosotros ancianos que me escucháis, que principiando apenas está vuestro tejido de hebras blancas si habéis tenido luchas, (y faenas en la vida no son tantas) porque los más tendréis ochenta abriles, ó sean diez y seis lustros, no os escandalicéis en mí si oís que os diga, que en todos los eriales hay espiga que se alza de los otros vegetales: he aquí la vara que deja los arbustos y se alza hoy sobre todos los mortales.

De ese adalid valiente, cuyo nombre se debe refundir en la memoria, hombre virtuoso de militante historia, quien conoció primero el sol de Oriente hasta verle perder en Occidente; ¿quién cuenta en todo un siglo esa victoria.

Ese hombre á quien mandó la Providencia hace ya un siglo, lleva reliquias en su helada planta, no os asombre, señores, lo que os digo, que no es cosa que espanta ni asalta la conciencia, yo os lo pruebo en breve conferencia.

Quien desee conocer esas reliquias, vaya en pos de sus huellas para que pueda cerciorarse de aquellas, búsquelas en la historia feliz de nuestra Patria, allí las hallaréis puras é intactas, y si os detenéis á pensar pocos instantes, ó cometéis á la conciencia falta, ó tendréis que confesar, señores, que vencidas ó triunfantes son reliquias que lleva el hombre

en sus cansadas plantas, cuando bien ha luchado por su patria.

De quien tanto ha luchado por su patria, cuán complicado será el sufrir de su bendita alma se siente exhausto y su vigor le falta, conoce su deber, él sufre y calla, recuerda su pendón, piensa en sus compañeros de batalla, y se contrista su patriótico y noble corazón, porque en la lista su nombre se divide con la falla.

En vano quiere buscar la perdida calma, si á cada instante oye gritos de alarma y ve herida la causa que idolatra, ve ir las filas y no formar al lado, el arma para él ya está vedado. ¡Ah! ¡cuánto esa opinión su alma maltrata!

¡Oh benemérito General Henao! que tanto por la patria habéis luchado, oíd una frase que os sirva de consuelo y os traiga dulce sueño á vuestro desvelo, vuestro título de General y buen guerrero no os abandonará jamás en paz ni en guerra. Cuando vuestra alma bendita vuela al cielo se hará más popular acá en la tierra: tipos tiene la prensa como también libros tiene la ciencia, donde se puede caracterizar vuestro nombre inmortal que llevarán los venideros como primera herencia.

Tal vez los laureles que tejieron vuestra fantástica corona al través de los siglos perderán su tinte, porque las ilusiones son muy crueles, amargas decepciones; el pago que da el mundo siempre es triste, el tiempo que nos dona con su mano ladrón nos desviste, pero llevad, señor, este poema en la memoria, que perder una corona transitoria es avanzar á la suprema dicha, á la mansión de Dios, en pos de la corona de la gloria que nunca se enveje-

ce ni se marchita, ni la mano atrevida nos la quita.

El benemérito General D. Braulio Henao, cuyo nombre había reservado, es el hombre de quien tanto os he hablado: el soldado de Dios privilegiado, el adalid valiente, el caudillo, el mundo admirador que ha contemplado del sol todo su brillo hasta verlo morir en el poniente en la extensión de un siglo.

Ha sido su virtud el trigo sin zizaña, la elevada caña, cuya espiga se levanta sin otra que le siga en este erial humano, el último soldado americano. Si más queréis que os diga: es el monarca que á todo genio obliga á doblegarse para besar su mano.

Ya voy á terminar mi redacción que otros querrán hablar y no es temprano. ¡Oh Soberana Majestad de Dios! Digna de ser reverenciada, sólo por ser quien sois por vuestra sabiduría y vuestra Bondad.

¡Oh ilustre dignidad de criatura humana, acreedora también de ser honrada por vuestra fortaleza en edad tan avanzada. Dignísima y culta sociedad que ocupáis el fulgor de mi mirada, os admiro á la par por educada. Mimados hijos del seno de Sonsón, aquí os imploro más por vuestra atención, y yo humilde en potencias y sentidos aguardo de vuestros labios el perdón por agravios de mi mala vibración que el eco haya llevado á herir vuestros oídos. Adiós auditorio simpático y cristiano, adiós, si la separación así lo exige, perdonad al humilde trovador que os lo dirige tomando el corazón en su agitada y encallecida mano.





DEDICATORIA

á la estimable familia del trasportado é ilustre
Dr. D. Manuel Antonio Sanclemente.



LA RAZON os acompaña
Vuestro dolor es profundo,
Borra la muerte y su hazaña
Seca ese llanto que os baña
Por quien ya se fué del mundo.

¿Porqué lloráis, os pregunto
A quien duerme en dulce calma?
Pensando bien el asunto
El que vive es el difunto
Y está compurgando el alma.

Reímos con los hombres al bajar
A este lugar de penas y de abrojos,
Cuando le vemos pasar á descansar

No hay quien pueda los ayes aplacar,
E inundamos en lágrimas los ojos.

Nacer es perecer, seguir el hombre
Las huellas del sufrir;
El morir es dormir en blando lecho,
Unirse á Dios en un abrazo estrecho
Y empezar á vivir.

Muerto está aquél que desterrado vive
¡Oh! ¡cuantos hay que muertos habitamos!
Esto es lo cierto y nadie se apercibe,
Consuelo que el doliente no recibe,
Cuando alguien resucita le lloramos.

Dichoso el hombre que ya
Le ha llamado Dios á juicio,
Porque ya en la eternidad
Vive en paz y libertad
Separado del bullicio.

Allá donde no se trata
Política interesada,
Acá la opinión es plata;
El oro no más se acata
Y el honor no vale nada.

¿Qué vale una Presidencia
Con todo su Ministerio?
Donde no hay ley ni hay conciencia
Ni el reo tiene audiencia

Ni el dolor tiene remedio.

Se fué el Doctor Sanclemente
De este valle de miserias,
Mejor vida, feliz suerte!
Allá donde nadie miente
Porque las cosas son serias.

Que nadie juzgue sus restos
Con inicuas expresiones,
Viva en paz entre los muertos:
Reciba mis Padrenuestros,
Y sus deudos mis respetos
Y mis consideraciones.

PAULINO ACEBEDO.



Ni e